

ne. Por lo que hace a las personas, no cultivo más que un odio: el que me enseñó a cultivar un gran francés: EL ODIO AL ODIO.

Y se comprende lo segundo como consecuencia de mis ideas—que hemos convenido en llamar anárquicas.

¿Está don Ricardo Jiménez en igual caso? «Entre él y yo, casi no hay otra cosa de común sino el apellido.» El sigue plácidamente y a su modo el consejo que da Virgilio a Dante—poeta en el infierno, FRENTE A LO QUE YA NO TIENE REMEDIO; pero no imita a Dante—ciudadano, valeroso cuando de los males remediabiles se trata, enérgico, indomable, que no retrocede ante las amenazas de muerte, y sufre el destierro y la miseria con una longanimidad más gloriosa que su DIVINA COMEDIA.

Aquel que me pregunta si me quedé sin conocer la entrada del Castillo Azul en tiempo del señor Tinoco, tampoco es el intrépido Dante, que no se arredró ante ninguna puerta.

Ya dije que conversé una vez con el señor Tinoco. Y habría conversado cien veces si él lo hubiera consentido.